

COLECCIÓN ENTRE PIEDRAS, 16

HOTEL ROMA

Colección *Entre piedras*
bajo la dirección
de
José Miguel Parra Ortiz

© De los textos: Fernando Lillo Redonet

© Confluencias, 2022
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Corrección editorial: José Miguel Parra

Impreso en España

ISBN: 978-84-124559-9-1
Depósito Legal: AL 267-2022

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y prestamos públicos.

FERNANDO
LILLO REDONET

H O T E L
ROMA

TURISMO EN EL IMPERIO ROMANO



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
--------------	---

I

PARAÍOS CERCANOS

En busca de los placeres del campo: de Roma a las villas de recreo	13
La Costa Azul de Roma: el golfo de Nápoles y Bayas	35
Los atractivos de Sicilia	45
De circuito por Grecia	59

II

MIRABILIA: LAS MARAVILLAS DEL MUNDO

Las siete maravillas del mundo antiguo	71
La estatua que flota en el aire y otras maravillas del mundo, incluidas las naturales	95
Roma: la octava maravilla	109

III

EN BUSCA DE LOS HÉROES, LA HISTORIA Y LOS SANTOS LUGARES

Turismo en Troya: tocando las raíces de Roma	119
---	-----

Reliquias de personajes mitológicos	131
Visitas a lugares históricos de la Antigüedad grecorromana	147
La peregrinación a los Santos Lugares y a la Roma de los mártires	165

IV

«HE VISTO LAS PIRÁMIDES»: EGIPTO, EXOTISMO Y CONOCIMIENTO

Egipto: destino turístico	189
Egipto de norte a sur: de Alejandría a File	195

V

TURISMO DE SALUD: REMEDIOS NATURALES Y DIVINOS

Balneoterapia: la salud a través del agua	217
Los santuarios de Asclepio: lugares de curación	223

VI

TURISMO DEPORTIVO: JUEGOS ATLÉTICOS Y ESPECTÁCULOS PÚBLICOS

Olimpia: la atracción de los festivales atléticos	239
La fascinación del anfiteatro y el circo	249

MAPAS	269
-------	-----

FUENTES GRECOLATINAS DE LOS CAPÍTULOOS	283
--	-----

BIBLIOGRAFÍA	305
--------------	-----

BIBLIOGRAFÍA DEL VIAJE EN LA ANTIGÜEDAD	307
---	-----

BIBLIOGRAFÍA DE FUENTES GRECOLATINAS	313
--------------------------------------	-----

CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS	321
-----------------------------	-----

INTRODUCCIÓN

¿Sentían los romanos el impulso de dejar su hogar y la comodidad de sus casas para conocer lugares distintos? ¿Cuáles eran sus vacaciones favoritas? ¿Qué maravillas suscitaban su interés y les hacían pasar penalidades para contemplarlas? En este libro responderemos a estas y otras cuestiones, y nos sorprenderá constatar que después de tantos siglos seguimos siendo muy «romanos» en nuestros gustos turísticos.

Si bien es cierto que el turismo de masas como lo entendemos hoy en día es un invento del siglo xx, con el precedente del *Grand Tour* que las élites europeas hacían en los siglos xvii y xviii, los romanos eran un pueblo inquieto amante de los desplazamientos. Los motivos eran tan variados como en la actualidad: la búsqueda del descanso y el reposo; el placer de contemplar nuevos lugares naturales o visitar monumentos y reliquias que recordaban el pasado mítico e histórico; el conseguir remedios a los

males del cuerpo o el deseo de asistir a espectáculos deportivos. Sin embargo, no es fácil distinguir a veces cuándo un viaje se hacía por causas de salud, religiosas, curiosidad o diversión, puesto que en la mayoría de las ocasiones existía una combinación de ellas. Por ejemplo, quien acudía a un santuario de curación lo hacía movido por los beneficios que obtendría, pero también por las obras de arte que podría admirar o por los espectáculos deportivos o teatrales que en él se desarrollaban.

En el capítulo I proponemos un viaje turístico a los paraísos más cercanos, comenzando por los alrededores de la ciudad de Roma. Como todavía sucede hoy, los romanos se esforzaban en buscar lugares lejanos y desconocían las maravillas que estaban a un paso de sus casas. Bajaremos hacia el sur de Italia deteniéndonos en las delicias del golfo de Nápoles y daremos el salto a la isla de Sicilia, destino cercano, pero lleno de sorpresas. Luego nos desplazaremos a Grecia, cuna de la civilización occidental, siguiendo los pasos del circuito que realizó el cónsul Paulo Emilio, precedente de los *tours* clásicos de nuestro tiempo.

En el capítulo II partiremos en busca de las maravillas del mundo antiguo comenzando por las siete canónicas y continuando con otras más desconocidas, pero no menos atractivas. Nos deleitaremos con los prodigios de la naturaleza que encantaban y sorprendían a los romanos, para viajar posteriormente a Roma, considerada la octava maravilla.

La curiosidad y la veneración nos impulsarán en el capítulo III para tocar las raíces de Roma en la mítica Troya y visitar las innumerables reliquias de héroes y personajes históricos que poblaban los templos y santuarios del Mediterráneo, sin olvidar visitas a las casas de los personajes más célebres o a los campos de batalla más significativos, como Maratón o las Termópilas. También haremos «turismo religioso» y peregrinaremos a los Santos Lugares y a la Roma de los primeros mártires, casi «tocando» los orígenes del cristianismo.

El capítulo IV se dedica a uno de los destinos más exóticos: Egipto, empezando por la cosmopolita Alejandría y las impresionantes pirámides, para remontar luego el Nilo en busca de los Colosos de Memnón y las tumbas del Valle de los Reyes.

Viajaremos en el capítulo V con los enfermos en busca de curación, bien con técnicas de balneoterapia en los balnearios mineromedicinales, bien teniendo un sueño en los santuarios de curación de Asclepio, dios de la medicina. Y, una vez sanos, seguro que tendremos ganas de apuntarnos al «turismo deportivo» del capítulo VI, asistiendo a alguno de los festivales panhelénicos, como el de Olimpia, o viajando a alguna población con anfiteatro o circo para saciar el hambre de sangre, espectáculo y emoción.

En nuestro viaje comprobaremos que, aunque los turistas del Imperio romano eran sobre todo miembros de las clases más acomodadas, también los más humildes podían hacer pequeños viajes en busca de

maravillas y curación, dejándonos preciosos testimonios de sus sentimientos.

Advertimos al lector, siguiendo el consejo de nuestro querido Séneca, de que para viajar con provecho es necesario llevar un espíritu apacible, porque de lo contrario ningún lugar le dejará satisfecho: «¿En qué puede ayudarte la novedad de tierras? ¿En qué el conocimiento de ciudades o lugares? Ese ir de un lado a otro es inútil. ¿Preguntas por qué esa huida no te reconforta? Huyes contigo mismo. Hay que descargar el peso del alma: antes de eso ningún lugar te complacerá».

Si el lector ha tenido la fortuna de visitar algunos de los lugares que aquí mencionamos, recordará sin duda su experiencia y se enriquecerá con nuevos conocimientos. En caso contrario, es posible que sienta el deseo de seguir las huellas de los turistas romanos y le aseguro que no quedará defraudado. No obstante, ya que desea adentrarse en estas páginas, es bueno recordar los pensamientos del erudito Filón de Bizancio (s. v d. C.), autor de un tratado sobre las siete maravillas del mundo. En su prólogo explicaba las ventajas de leer un libro de viajes diciendo que su lectura era un gran regalo porque liberaba al hombre de tener que hacer la travesía y le mostraba cosas maravillosas en su casa. Cuando uno visita lugares se da la paradoja de que, al abandonarlos, los olvida y casi no recuerda los detalles, Sin embargo, el que lee sobre las maravillas en un tratado no olvida el mínimo detalle «porque ha contemplado lo maravilloso con el espíritu».

I

PARAÍSOS CERCANOS

EN BUSCA DE LOS PLACERES
DEL CAMPO: DE ROMA A LAS
VILLAS DE RECREO

ROMA: UNA CIUDAD PARA ABANDONAR

El viajero o turista moderno que abandona el ajetreo de la gran ciudad y se retira por un tiempo al campo, la montaña, la sierra, la playa o a su segunda residencia comparte con sus antepasados romanos el deseo de dejar atrás las incomodidades, la masificación, el caos circulatorio, los malos olores, los interminables ruidos y la insalubre suciedad de aquélla.

Los antiguos romanos eran conscientes de la extraordinaria situación de su ciudad. El historiador Tito Livio enumeraba en su obra *Ab urbe condita* las ventajas de un lugar elegido por los dioses y los hombres: Roma ocupaba el centro de Italia, estaba situada sobre colinas saludables, el río Tíber servía para comunicar la urbe con el interior y con el mar y

su emplazamiento estaba próximo a la orilla de éste, pero lo suficientemente lejos como para no ser atacados por flotas enemigas. Ciertamente, la enumeración de Livio tiene un carácter propagandístico y evita describir la dura realidad de la vida en la capital.

Frente a las ciudades romanas que se hicieron de nueva planta, como Tarraco (Tarragona) o Augusta Emerita (Mérida), en las que predomina un trazado regular en cuadrícula perfectamente diseñado, la ciudad de Roma no era un lugar modélico. El terreno irregular en el que se asentaba, los frecuentes desbordamientos del Tíber que inundaban los barrios más bajos de la ciudad o las periódicas epidemias de fiebres provocadas por el terreno pantanoso eran algunos de los inconvenientes de la vida en la urbe.

En el año 100 d. C. Roma albergaba probablemente a un millón de personas venidas de todas partes del mundo. Según el filósofo Séneca, la ciudad se llenaba de todo tipo de hombres que acudían movidos por diversos intereses: unos llegaban por ambición, otros porque así se lo exigía un cargo oficial, mientras que a algunos les atraía el afán de lujo y los abundantes vicios que ofrecía la urbe. Había quienes venían atraídos por los espectáculos, pero también los que se acercaban con más nobles intenciones, como la pasión por el estudio, la amistad o el deseo de encontrar un lugar cosmopolita en el que desplegar sus cualidades.

Séneca también testimonia las riadas humanas que recorrían sus calles y llenaban sus edificios de

espectáculos y los problemas de consumo derivados de esta gran población.

Esta masificación provocaba un caos circulatorio. El poeta satírico Juvenal nos muestra una Roma donde pasear tranquilamente por la calle era casi una tarea imposible. Por supuesto, los ricos llevaban ventaja sobre el romano de a pie:

Un rico si algún deber lo llama será transportado abriéndose paso entre la muchedumbre y avanzará rápidamente sobre la marea humana en una gran litera y de camino leerá, escribirá o dormirá dentro; incluso se echa un sueñecito cerrando la ventana de la litera. Y llegará antes, mientras que a mí, que llevo prisa, se me pone delante una marea humana, y la gente que sigue por detrás me aprisiona los riñones formando una cola interminable. Este me golpea con el codo, el otro con el duro brazo de una litera, este me sacude la cabeza con un madero, aquel con una vasija. Las piernas se me llenan de barro, además me pisan por todas partes pies enormes y se me clava en el dedo un clavo de soldado.

En este caos podían suceder fácilmente accidentes de circulación. Los carros que circulaban con grandes árboles podían golpear a los transeúntes e igualmente peligrosos eran los que transportaban piedras para la construcción. Con gran sentido del drama, nuestro poeta satírico describe así uno de esos accidentes:

Si se parte el eje del carro que transporta piedra de Liguria y el alud se precipita sobre la muchedumbre,

¿qué quedará de los cuerpos? ¿Quién encontrará los miembros, quién los huesos? Triturado, todo cadáver de un pobre desaparece como un espíritu.

Circular por la noche no era más seguro. Juvenal nos habla de las vasijas rotas que se arrojaban por la ventana y amenazaban las cabezas de los viandantes. Su fuerza potencial podía saberse por el fuerte impacto que dejaban en el pavimento. El poeta aconseja ser previsor y dejar testamento antes de acudir a una cena.

Sin llegar a los niveles de contaminación acústica de nuestras ciudades, Roma no era precisamente un lugar silencioso. El poeta hispano Marcial da cuenta de los numerosos ruidos a los que estaba expuesto un ciudadano cualquiera y que provocaban el deseo de un retiro en el campo. Estaban los gritos de los maestros de escuela por las mañanas y los de los panaderos por las noches; los martillazos de los caldereros, que sonaban el día entero; los cambistas golpeando las mesas con las monedas o la risa de la multitud que pasaba alborotada. Todo ello hace exclamar al poeta: «¡Siempre que quiero dormir, me voy a mi villa!».

Como siempre, el ruido afectaba menos a los ricos, que buscaban el silencio en sus grandes mansiones y ordenaban a sus numerosos esclavos guardar silencio y a los que se acercaban a servirles que lo hicieran apoyando el pie sin apenas tocar el suelo.

No obstante, incluso gente adinerada como Séneca se enfrentaba a molestos ruidos cuando intentaba

concentrarse en sus quehaceres literarios. Podían molestar los carros que pasaban veloces por la calle, un inquilino carpintero, un vecino aserrador o un músico ambulante.

La noche tampoco permitía momentos de tranquilidad, puesto que, al estar prohibido el tráfico rodado de mercancías durante el día, el transporte nocturno no dejaba conciliar el sueño, sobre todo si se vivía en una casa de pisos de alquiler. Una vez más, es el sarcástico Juvenal el que se queja:

Aquí muchos enfermos se mueren de pasar la noche en vela, aunque la enfermedad la provocara un alimento mal digerido que se agarra al estómago abrasado. Pues, ¿qué habitaciones de alquiler permiten conciliar el sueño? Es preciso tener mucho dinero para dormir en Roma.

Roma estaba muy lejos de los malos olores y de las negras nubes de contaminación que cubren muchas de nuestras ciudades, sin embargo, a una escala menor también tenía problemas en este sentido. En una de sus cartas, Séneca confiesa su inmediata mejoría al abandonar el aire pesado de la urbe con el olor de las cocinas humeantes y sus pestilentes vapores.

Roma era, además, una ciudad sucia. Hay datos del abandono de cadáveres y objetos en las calles y de que se arrojaba la basura a la vía pública. Además, había personas que hacían sus necesidades en la calle (*cacatores*) y existían animales sueltos. Contra estos problemas se promulgaron leyes cuyo alcance real desconocemos

y parece que se contaba con un servicio público organizado de limpieza y recogida de basura.

NOSTALGIA DE LA NATURALEZA: LAS VILLAS DE RECREO

Hemos visto que Séneca y Marcial, un hombre rico y un ciudadano de a pie, deseaban ambos el retiro a sus fincas de recreo para el reposo. Todo romano, siguiendo su tradición de orígenes agrícolas, tenía un gran aprecio por la vida del campo, que recordaba a las buenas costumbres primitivas de austeridad y sencillez.

No obstante, junto a las sencillas villas de propietarios que se preocupaban personalmente de sus campos, existían lujosas mansiones campestres que creaban un paraíso artificial, a veces en armonía con el natural. Sin embargo, la relación de los romanos con la naturaleza era sobre todo de dominio, como dice Cicerón:

De igual manera, todo lo que pueda ofrecer la tierra lo dominamos: nos aprovechamos de los campos, de los montes. Nuestros son los arroyos, los lagos. Nosotros plantamos cereales, árboles; hacemos las tierras féculdas gracias a la conducción de las aguas. Nosotros retenemos, dirigimos, desviamos el curso de los ríos. En una palabra, con nuestras propias manos nos atrevemos a construir en la naturaleza una especie de segunda naturaleza.

Este dominio sobre el medio natural también se hacía presente a la hora de construir una lujosa mansión

de recreo. En la villa de un rico romano llamado Polio Félix, situada en las alturas de Sorrento, la naturaleza había sido vencida por el dueño del lugar. El monte se había convertido en una explanada, las estancias ocupaban los lugares que antes habían sido guaridas de fieras salvajes y lucían hermosos jardines colgantes donde antes ni siquiera existía tierra.

Se trataba por lo tanto de una naturaleza «domesticada», que aparecía en primer lugar en los jardines interiores de las casas señoriales de Roma y en las zonas verdes de la ciudad, las cuales pretendían paliar la nostalgia por el campo. Estos *horti* (huertos) urbanos fueron perdiendo terreno en los barrios céntricos por la especulación urbanística. No obstante, los más ricos tenían jardines particulares de gran belleza. Para el público en general existían zonas verdes en los pórticos y junto a los templos, y también en los grandes complejos termales y en los jardines públicos.

Cuando apretaba el calor los romanos pudientes buscaban los placeres de sus villas de recreo, mucho más frescas, situadas en los alrededores de Roma, como los montes albanos, Tíbur, Túsculo o lugares al pie de los Apeninos, mientras que para huir del frío invernal nada como la costa de Ancio, Terracina, Gaeta, Formia y el golfo de Nápoles.

Estas casas de campo solían tener una parte dedicada al mantenimiento de las labores agrícolas llamada *pars rustica* y otra con el nombre de *pars urbana* servía para alojamiento del dueño y poseía todas

las comodidades que éste se pudiera permitir. Muchas veces esta *pars urbana* se construyó ya desligada de la rústica, convirtiéndose en una villa destinada en exclusiva al recreo de sus propietarios. En la época republicana, Cicerón contaba con villas tanto en el Lacio como en Campania. Poseía propiedades en el interior: Túscolo, Alba, Frosinone y Arpino, y en la costa: Ancio, Astura, Formia, Cumas, Puteoli y Pompeya. En ellas se combinaban el objetivo económico de explotación agraria con el deseo de lugares de retiro para dedicarse al estudio y escritura de sus obras. En Arpino, su localidad natal, recordaba su infancia; en Formia era uno de los personajes más importantes de la ciudad; en Ancio estaba tan a gusto que no le apetecía hacer casi nada; Túscolo lo invitaba a la discusión filosófica con sus amigos. Plinio el Joven, a finales del siglo I d. C., poseía una villa cerca de Ostia, en Laurento, donde pasaba el invierno, y otra en la Toscana para soportar el calor veraniego, además de dos en los alrededores del lago de Como, su lugar de origen.

Las villas más lujosas contenían multitud de estancias para el descanso y el recreo, habitaciones y comedores de verano e invierno, con vistas al mar o a la montaña, jardines decorados con caprichosas figuras en boj, bibliotecas, «hipódromos» (lugares destinados al paseo a caballo o a pie), recintos para jugar a la pelota en grupos y suntuosas zonas termales privadas o para visitantes. Sus dueños podían invitar a los vecinos de otras villas cercanas para cultivar sus relaciones sociales, dedicarse al ejercicio físico mediante la caza

en las inmediaciones o retirarse a un lugar íntimo y privado en el que componer sus escritos con total tranquilidad. Además, si el lugar estaba suficientemente apartado no habría vecinos que acudieran a molestar y el dueño podía vestir de modo informal, sin la preceptiva e incómoda toga.

En las villas de la costa, como en una descrita por Marcial situada en la localidad de Formia, se podía disfrutar del frescor del mar y de un oleaje moderado que impulsaba las barcas pintadas de colores. Estas villas podían tener piscinas junto a la costa que aprovecharan las aguas marinas y contaban con estanques donde se criaban rodaballos o morenas, listos para ser servidos en los lujosos comedores con vistas.

LA VILLA DE SPERLONGA: UN DECORADO ODISEICO
PARA TIBERIO

A unos 120 km de Roma se encuentra la villa de Tiberio en Sperlonga, conocida sobre todo por su cueva marina (*spelunca*), que constituía un decorado inspirado en la figura de Odiseo (Ulises). La elección de este héroe homérico no era casual. Por un lado, la zona estaba llena de recuerdos de la *Odisea*, ya que muy cerca se encontraba el monte Circeo, que los romanos consideraban la morada de la maga Circe, y también la localidad de Formia, supuesto hogar de los lestrigones, los gigantes devoradores de hombres. Un poco más al sur, Nápoles tenía el antiguo nombre de Parténope, una de las sirenas, y en Sorrento había un

templo consagrado a ellas, así como unos islotes con su apelativo. Por otra parte, Tiberio, un hombre que había vivido la guerra y que había viajado mucho, se identificaba con Odiseo, también guerrero en Troya y luego viajero. La astucia y audacia que definían al rey de Ítaca eran igualmente características propias del emperador. El mismo Augusto, su padrastro, le atribuía la sagacidad de Odiseo. Tiberio se consideraba, además, descendiente del héroe por medio de Telégono, el hijo que el rey de Ítaca había tenido con la maga Circe. Por todo ello, los invitados más privilegiados se recostaban en un triclinio situado en medio de un estanque rectangular frente a la gruta marina circular. De espaldas al mar, lo que les interesaba era la contemplación de lo que se ha llamado «la Odisea de mármol». En 1957 se encontraron en el lugar unos 7000 fragmentos de esculturas que se han reconstruido y se exponen en un museo adyacente, mostrando el fabuloso programa iconográfico que adornaba la villa.

Había dos grupos de menor tamaño situados a ambos lados del estanque rectangular en primer plano. El de la izquierda parece representar a Odiseo sacando a un Aquiles herido del campo de batalla, mientras que el de la derecha mostraba el robo del Paladio, estatua de Atenea considerada el talismán de Troya, a cargo del mismo Odiseo y de Diomedes. El de Ítaca deseaba llevarse todo el mérito de la empresa. De este modo el primer grupo simbolizada la piedad (*pietas*) del héroe, mientras que el segundo su capacidad para el engaño (*dolus*).

No obstante, lo más probable es que la mirada de los comensales reparara más tarde en estas estatuas y se viera deslumbrada por la representación del monstruo femenino Escila que emergía del centro del estanque circular de la gruta. Representada en el momento de atacar a los compañeros de Odiseo, el grupo escultórico transmite un patetismo y un movimiento propios del arte helenístico y muestra el valor (*virtus*) del héroe ante el peligro extremo. Los fieros perros que surgen de las ingles de Escila atacan con saña a los desdichados marineros. Ya al fondo de la cueva, en una cavidad a la derecha, se encontraba una gigantesca representación del momento previo a la acción de cegar por medio de una lanza al cíclope, que yace, enorme y borracho, en el centro de la escena sometido por la astucia (*calliditas*) del héroe. Es conocido el gusto de los artistas griegos por plasmar los momentos anteriores a una acción de fuerza, como en el caso del Discóbolo de Mirón. En la pared había asientos de piedra excavados para que la contemplación de cerca de las estatuas fuera más reposada. No se sabe con certeza qué grupo adornaba la cavidad de la izquierda; pero podría ser una representación del momento en que Odiseo acude a Lemnos junto a Filoctetes para conseguir el arco y las flechas de Heracles (Hércules), los únicos que podían acabar con la guerra, como así sucedió luego cuando el troyano Paris fue herido por ellos. Se discute también la cronología de las obras: si son copias u originales helenísticos, o si se esculpieron en la época del emperador.